

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO.
UNA HISTORIA DE LIBROS Y DE MUERTOS.

(LA GUERRA CIVIL EN EL FRENTE Y EN LA RETAGUARDIA.
EL CASO RIOJANO)

Jesús Vicente Aguirre González*

Cuando allá por el año 2002 empuñé definitivamente lápiz y ordenador para, justamente, “ordenar” cifras y nombres de los asesinados por el franquismo en La Rioja durante la Guerra Civil, no era consciente, no podía serlo, del volumen de páginas, datos y temas en que desembocaría finalmente aquel esfuerzo inicial.

Sabía ya, por supuesto, que el secretario de San Asensio no tenía razón cuando quiso que nuestras canciones no “rascaran” viejas historias, diciéndonos aquello de que “aquí nunca pasó nada”. Eran los primeros tiempos de la transición, 1976.¹

Contábamos en La Rioja, y no era poco, con los libros de Enrique Pradas y Antonio Hernández, además de *Las Sacas* de Escobal, y con las listas elaboradas por Antonio Vázquez tratando de ayudar a las viudas e hijas de los asesinados para cobrar las primeras pensiones que el gobierno de Suárez ofreció a las familias de las víctimas.

Yo mismo, con Luis Brox y Jesús García habíamos filmado en 1981 un documental titulado, y no por casualidad, la Barranca.

Mi amigo Jesús García, Pati, me dejó en herencia una base de datos donde únicamente aparecían los nombres y datos, fecha y lugar de la muerte, recogidos por el citado Vázquez. Ese fue el principio de *Aquí nunca pasó nada, La Rioja 1936*.

Luego vinieron cinco años de viajes, teléfonos, archivos, ordenador, horas y horas de consultas, de escribir, de carretera. Finalmente, en 2007, un libro con mil

*Jesús Vicente Aguirre González ha trabajado y estudiado diversos aspectos de la guerra civil en La Rioja, con sus secuelas de represión en la retaguardia y de muerte en los campos de batalla, publicando los libros *Aquí nunca pasó nada 1 y 2* y *Al fin de la batalla y muerto el combatiente*, de los que nos habla en el artículo. Es autor también de otros libros de ensayo y poesía.

¹ El autor de este artículo era en aquellos momentos componente del grupo *Carmen, Jesús e Iñaki*. La anécdota de aquella actuación se convirtió primero en canción, “La balada de San Asensio”. Luego en el título de un libro y en el impulso de una larga investigación.

páginas ponía encima de la mesa lo que había pasado aquí cuando nunca pasó nada. Después de nuevo la carretera, casi cien presentaciones, en pueblos y ciudades de La Rioja y de otros muchos puntos del país. Siete mil libros vendidos...

No sólo eran cifras, mil páginas, cien presentaciones, dos mil asesinados... Más de seiscientas familias consultadas. Sin ellas este libro no hubiera si posible, por eso podemos hablar de una obra coral en su estructura y hasta en su reparto final por todos los rincones de La Rioja, de España e incluso de otros lugares.

Mi agradecimiento, por ello y una vez más, a todos los que acompañaron y acogieron este trabajo, mi reconocimiento a tantas personas que antes o después levantaron la voz para contar y reclamar un puesto para los suyos. Y mi homenaje siempre a esos “suyos” que yo y tantos otros hemos hecho “nuestros”, a los represaliados y asesinados por el franquismo en La Rioja.

Una adenda corregía y aún añadía datos en 2010 con el mismo título *Aquí nunca pasó nada*, con el número 2 detrás. Y a todo esto quedaban por trabajar multitud de temas a los que simplemente me había acercado, y a veces sigo haciéndolo: la represión económica con sus expedientes de responsabilidades económicas, el papel, el sufrimiento y el coraje de las mujeres de negro, la iglesia encima y debajo de la espada, los maestros y maestras de la República o los muertos y “caídos” en el frente. Y éste ha sido el tema del nuevo y último libro por el momento. *Al fin de la batalla y muerto el combatiente*.

Un libro que no es segunda o tercera parte del anterior, pero con el que tiene mucho que ver, y al que le debe todo. Ahora pasábamos de las historias de los “tumbaos”, de los dos mil riojanos asesinados por los secuaces de Franco sin juicio y sin remisión, en una región donde tras el triunfo inmediato de los militares sublevados no hubo frente ni trincheras, a los “caídos” justamente en frentes y trincheras situados en otros lugares de España.

En *Aquí nunca pasó nada* ya aparecían algunos números e incluso algunos nombres de los riojanos muertos en el frente. Pero escribía entonces que no era mi objetivo estudiar el tema de los “caídos por Dios y por España”. Así que los datos sobre la cuestión que, sin embargo, abundaban en el texto, obedecían a mi empeño en contarlos todo, especialmente lo sucedido en 1936 y, además, en mostrar el diferente tratamiento que tuvieron las muertes de aquel año. Por una parte, lo íbamos viendo pueblo a pueblo, el asesinato de los “tumbaos” protagonizaba una realidad casi inexistente, tremebunda

pero invisible (aquí no pasaba nada).² Por la otra, la muerte de los “caídos” (no de todos, por cierto, como conviene señalar y se puede explicar) se convertía en loas, esquelas, funerales y entierros multitudinarios. Se les invocaba de continuo y consiguieron, en este caso todos los “caídos”, un espacio en las paredes de las iglesias, siempre bajo la “presente” presencia de José Antonio Primo de Rivera. Y, naturalmente, sus familiares cobraron las pensiones correspondientes.

No siendo poco todo lo anterior, tampoco hubo mucho más. Prácticamente, nadie escribió sobre ellos. Ni hubo muchas aproximaciones a los aspectos sociales, políticos o históricos de la cuestión. Evidentemente, durante los 40 años de franquismo no se podía hablar de los asesinados, de “los tumbaos”, pero resultaba que durante ese mismo tiempo tampoco proliferaron estudios y publicaciones sobre los muertos en el ejército de Franco, de los “caídos”. Tampoco se ha llegado mucho más lejos, aquí en La Rioja, durante la época democrática. Y creo que tampoco en otros lugares.

Solo teníamos, aquí en La Rioja, algunos libritos localistas, donde el cura o algún estudioso del pueblo recordaban a los muertos en el frente. Y un listado general que nos llegaba desde 1952, cuando cada pueblo hubo de enviar el suyo al gobierno civil. Todo para contentar a las autoridades de la nación que necesitaban saber sobre los combatientes muertos “en nuestra Cruzada” y los “mártires que en su caso hubiera”, en ambos casos con la localización del lugar de sepultura, para conocer, finalmente, “si las familias están dispuestas a entregarlos para trasladar sus restos y que reciban sepultura definitiva en el <Valle de los Caídos>”...

Ese expediente (1952, sección Gobierno Civil, 159/5 del Archivo Histórico Provincial de La Rioja), nombraba a 1.464 “caídos” en el frente y 46 “mártires” en total. A partir de ahí, seguí buscando más nombres e historias en otros documentos, en periódicos, especialmente en *La Rioja*, luego *Nueva Rioja* y en diarios oficiales. Tratando de saber, primero, quiénes eran aquéllos chavales que desde la obligación de cumplir su servicio militar (la mayoría, tal como explica James Matthews en su libro *Soldados a la fuerza*), o desde el voluntariado múltiple (requetés, falangistas y no pocos izquierdistas buscando su salvación), alcanzaron algunos la “gloria” y todos la muerte. Y encontré más de 1.500 apellidos, que eran más de 1.500 personas. Mucho dolor.

² La historia de esa tremenda palabra, “tumbao”, me llegó de un alavés que buscaba algunos documentos de su padre, asesinado tras el Movimiento, oficialmente “desaparecido”. Y de eso discutía una y otra vez con el secretario del pueblo que un día, y no de muy buenos modos, le dijo, “pero bueno, su padre fue un caído o qué”. Y él contestó: “no, mi padre fue un ¡tumbao!”.

1.500 madres recibiendo el cadáver de su hijo, y no siempre, que en muchos casos, lo único que recibieron fue la noticia de su muerte. Y allí en las fosas comunes, como escribo en el libro, “los soldados de los dos ejércitos, a falta de manos, acabaron estrechándose los huesos”.

Así que, en primer lugar, en este nuevo libro hablamos y conocemos a los riojanos que murieron en el frente de batalla, la mayoría de ellos, 1.689, en el ejército franquista naturalmente, recordemos que La Rioja quedaba totalmente en manos de los sublevados desde el 22 de julio de 1936. Otros 25 murieron bajo las banderas republicanas. Podemos ver también, uno a uno, a los casi 100 riojanos asesinados en la retaguardia republicana, en otros lugares de España. Y, finalmente, reviso algunos datos y cifras relacionados con mi primer trabajo, como si fuera, es un decir, el *Aquí nunca pasó nada nº 3*. (Si tenemos en cuenta que el título de la adenda era, como ya sabemos, *Aquí nunca pasó nada, 2*).

Ahora disponemos de cuatro listas, que pueden verse en el CD que acompaña al último libro. Por el momento podemos pensar que son listas más que creíbles, aunque seguramente no finales. Siempre puede haber errores y seguramente no están todos los que son. Eso nunca lo sabremos hasta que tengamos listas más generales, de toda España, de las dos retaguardias y de los dos ejércitos. Las listas totales que yo ya reclamaba en *Aquí nunca pasó nada*, y que vuelvo a hacerlo ahora, con más motivo naturalmente, ya que, por mi parte, aporto las inicialmente correspondientes a La Rioja. Hablo de cuatro listas, aunque quizá habría que hacerlo de cinco, y eso tiene su importancia, como veremos después.

Además de los datos bibliográficos de más de dos mil asesinados en las retaguardias, y de otros mil setecientos que murieron en los frentes de batalla, hemos visto en los libros de referencia el contexto social y político en el que vivieron primero, y murieron después, la mayoría de ellos. Y que tras la sublevación del 18 de julio, será en La Rioja el ejemplo perfecto del estado campamental y nacional-católico que impusieron los sublevados: desfiles, consignas patrióticas, celebraciones religiosas, suscripciones económicas, aguinaldos y cuestaciones para los frentes... Los frentes, donde se dan la mano el fuego, el miedo, el esperpento, la gloria, la muerte, siempre la muerte.

Hemos visto y escrito también sobre los conceptos y los hechos violentos en las dos retaguardias. Lo que merece ya, a mi juicio, alguna aclaración. No, no se puede decir que el carácter de los españoles nos hace ingobernables, que por eso la violencia, que por eso la guerra. Tampoco se puede aceptar que los dos bandos fueron igualmente responsables. No, porque sólo había una República, constitucionalmente hablando, y un país detrás. Conflictivo, por supuesto, no mucho más que la Francia del momento, seguramente mucho menos que los Estados Unidos del momento. Y el 17 y 18 de julio había en España un gobierno constitucional, el de la República contra el que se subleva un grupo de generales utilizando la violencia (que será extremadamente violenta tal como anuncia y propugna Mola) con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer un régimen totalitario contrario a la libertad y a la dignidad de todos los ciudadanos. Frase por cierto, que no me acabo de inventar. Porque es patrimonio de todos los españoles, desde el año 2002, cuando el 20 de noviembre para más INRI, se aprobaba por unanimidad en el Congreso de los Diputados una Resolución que dice “que nadie puede sentirse legitimado, como ocurrió en el pasado, para utilizar la violencia con la finalidad de imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y a la dignidad de todos los ciudadanos, lo que merece la condena y repulsa de nuestra sociedad democrática”, o sea, que nadie debió utilizar la violencia y sublevarse en 1936, para imponer sus convicciones políticas y establecer regímenes totalitarios contrarios a la libertad y a la dignidad de todos los ciudadanos, como ocurrió entonces, como hicieron los generales sublevados. Ellos son los responsables. De la muerte en las trincheras, en todas las trincheras, y de la muerte en las retaguardias, en las dos retaguardias. De tal manera que no puede entenderse, en buena lógica, como este País no ha condenado oficialmente a Franco y al franquismo, por todo lo anterior y por la dictadura que siguió a la Guerra Civil.³ Una dictadura que continuaba una guerra que no acabó hasta la muerte del dictador. Durante esos cuarenta años, el dictador y su régimen siguieron cada día venciendo a los vencidos... A los que perdieron la guerra en el lado de los vencidos y de alguna manera también, a quienes perdieron la guerra en el lado de los vencedores. La mayoría, en todo caso.

³ Además de esa condena al franquismo, parece igualmente evidente la necesidad de anular las condenas políticas de su régimen, desde los consejos sumarísimos a las sentencias del Tribunal de Orden Público de la dictadura. Y es evidente, y difícil de entender que no se haya hecho ya en un país que se dice cristiano, que el primer mandamiento de cualquier gobierno democrático de España debiera haber sido, y deberá serlo alguna vez, el encontrar las fosas repartidas por todo el país para enterrar a los muertos “como Dios manda”...

Hablábamos de violencia. Una violencia, en el lado nacional, sistemática y anunciada, de arriba abajo, y de abajo a arriba, que, como escribe Preston, acaba además con todas las contenciones de una sociedad civilizada. Así, en el lado republicano, donde su gobierno no tenían ningún plan de exterminio, de repente se rompen equilibrios, estructuras y hasta casi desaparece el propio gobierno, y ocurre que hay, como en el otro lado, grupos y personajes incontrolados y menos incontrolados decididos a acabar también con sus enemigos políticos.

Y en ese desconcierto nace, crece y se desarrolla (además de las cuatro que ya conocemos) la quinta lista. Que aún más importante que por su número de muertos, lo es porque establece, a mi juicio, la definitiva relatividad de lo que muchas veces hemos dado por supuesto que es el bien o el mal.

Así que sí, como hemos visto, tenemos cuatro listas para completar el dolor, la muerte y la tragedia de nuestra Guerra Civil (dos ejércitos, dos retaguardias), aún nos queda un quinto y definitivo apartado para cerrar el círculo. El más difícil y complejo aunque poco significativo en La Rioja. El que nadie menciona, el que todas las historias y memorias rehúyen.

En La Rioja, como hemos visto, encontramos claramente nuestros cuatro apartados y sus correspondientes números. Primero los 2.002 que murieron a consecuencia de la represión franquista. Estarían luego los 96 que fueron paseados en la retaguardia republicana. Y en los frentes de batalla, contaríamos 1.690 caídos con el uniforme franquista, y 25 más bajo las banderas republicanas. De toda esa gente, ya hemos escrito en *Aquí nunca pasó nada 1 y 2*, o lo hacemos en este libro. ¿Y la quinta lista? Muy pequeña en el caso riojano, como decimos, sería mayor, es mucho mayor, a nivel nacional.

El problema no fue solamente que “una de las dos Españas nos helara el corazón”, sino que las dos Españas arrojaran al limbo de una tercera a quienes no encajaron en sus postulados.

Veamos el paisaje republicano. Desde la retaguardia a los frentes de batalla. ¿En qué lista podemos citar a Andreu Nin, troskista, Domingo Ascaso, anarquista, Antonio Sesé, comunista, y a tantos otros hombres de izquierda que murieron a manos de otros tantos hombres de izquierda? Por ejemplo, en Barcelona, mayo del 37, cuando los enfrentamientos entre anarquistas, poumistas y comunistas; o en Madrid, marzo del 39, cuando la sublevación de Casado...

Siguiendo en el bando republicano, es evidente que en las checas socialistas, anarquistas o comunistas, murieron un buen número de hombres de orden y de derechas. Todos ellos tienen su lugar en la memoria de los asesinados en la retaguardia republicana, pero ¿dónde recordamos a los republicanos e izquierdistas que desaparecieron por obra y gracia de la policía política o de grupos paramilitares republicanos, o de la inteligencia soviética que operó largo y tendido en el campo republicano? El caso de José Robles es paradigmático, sobre todo por la recreación que de su vida y muerte ha escrito Ignacio Martínez de Pisón, *Enterrar a los muertos*, pero no es el único, desde luego.

¿Y en la batalla? ¿Cuántos milicianos o soldados del Ejército Popular -y Nacional- fueron fusilados por abandono del frente, automutilación, intento de desertión, retroceso en el combate o insubordinación ante el mando? Alguien puede pensar que todo ello es parte de la necesaria disciplina militar, del estado de guerra. Seguramente es una razón, aunque discutible desde perspectivas no militaristas o simplemente humanistas, pero... ¿en qué lista situamos a tanto muerto? De nuevo en la quinta, claro está. En la inexistente. Ahí caben, aunque nadie los vea, los brigadistas fusilados por Marty, Bianco o Walter o los 46 hombres de la 84ª Brigada Mixta del ejército republicano que, enviados a descansar a Rubielos de Mora, fueron fusilados el 20 de enero de 1938 por negarse a volver al frente, a defender Teruel pocos días después de haberla conquistado...⁴ Seguramente hay nombres registrados entre los muertos en combate, también en nuestra relación, que lo fueron por alguna de las razones o sinrazones enumeradas más arriba. Si así ocurrió, en la mayor parte de esos casos nunca lo sabremos.

En el lado franquista sucede otro tanto en lo que se refiere a muertes por aplicación de órdenes y leyes militares, y puede que algo menos en sus conflictos internos dada la férrea disciplina militar que se impone en todo su territorio. Aun así veremos algún ejemplo cercano.

Como el de José Gurrea Losantos “el Usebiazó”, de Calahorra. Inspector de alguaciles y falangista. Chantajeaba a los presos republicanos a cambio de promesas de libertad. Debió de ser tan notorio su “negocio” que los propios falangistas

⁴ Pedro Corral cuenta la “historia de unos centenares de españoles que se convirtieron en los perdedores de los perdedores de la Guerra Civil española” en su estudio *Si me quieres escribir*, donde pasa revista día a día a la ofensiva, primero republicana y luego nacional, sobre Teruel, así como a la gloria que mereció y el castigo que sufrió, en su desarrollo, la 84ª Brigada Mixta del Ejército Popular de la República en diciembre de 1937 y enero de 1938. El mismo autor escribe *Desertores, la Guerra Civil que nadie quiere contar*, y lo hace a través de cientos y cientos de casos bien documentados sobre el particular.

calagurritanos lo fusilaron el 10.10.1936 en la cuesta de la Gata. Pablo Cuéllar Torres, de Briñas, desertor de la Legión, fue fusilado por asesinato el 11.2.1941 en la Estación de Fruticultura de Logroño.

En el ejército republicano tenemos a Atilano Díaz Azpiroz, de Calahorra. Encuadrado en el ejército del Norte, batallón Durruti, fue fusilado por sus compañeros el 14.4.1937 por "*abandono del servicio*". Otro calagurritano, José Fernández González, murió en los enfrentamientos de Barcelona, mayo de 1937, aunque desconocemos cualquier otra circunstancia.

Es evidente que desde una perspectiva tanto histórica como social, cualquier estudio que pretenda recoger las muertes a causa de la represión, o producidas en los campos de batalla durante la Guerra Civil (y la represión subsiguiente), deberá buscar y sacar a la luz todos estos nombres-personas que en muchos casos han permanecido durante años en el limbo de los desconocidos, y hasta de los desheredados de sus propias ideologías. Solo así cerraremos esta triste y trágica cuadratura del círculo.

Pero hay también otras categorías de muertes que no siempre se recogen entre los caídos en los frentes o los asesinados en las retaguardias. Por ejemplo, los nombres de los civiles muertos bajo los bombardeos. Yo mismo, no he recogido en ninguna de las relaciones que se recogen en el CD del que hemos hablado, los nombres de los nueve civiles que murieron en los bombardeos sobre la ciudad de Logroño del 5 y 20 de agosto, de 1936 y 1937 respectivamente, aunque sí los citaba en las páginas correspondientes a esas fechas. Y no sé muy bien cómo se han considerado en otros lugares (recordemos Madrid, Barcelona, Guernica, Durango, Cartagena, Alicante o Alcañiz, que sufrieron las bombas de la aviación nacional-italiana-alemana; la aviación republicana también ocasionó víctimas civiles en Oviedo y Granada, o en Logroño como estamos viendo).

Están, igualmente, las víctimas provocadas por la explosión de bombas u otros explosivos. Se produjeron varios accidentes por ejemplo en Calahorra, con la muerte, al menos, de un niño el 30 de septiembre de 1938.

Lo que más me importa de esta posible y relativa quinta lista, es –lo decía antes– su capacidad de relativizar tanta gloria y tanta historia sacralizada. Y de ser una razón

más para que este país acabe completando lo que llamamos la Verdad, que no puede ser únicamente, la que unos u otros conocen o quieren conocer.⁵

Decía, también, que por mi parte y tras *Aquí nunca pasó nada* y *Al fin de la batalla...*, y evidentemente otros muchos trabajos, creo que podemos conocer mejor nuestra historia aquí en La Rioja, y por extensión en tantos otros lugares de España. No la historia que nos impusieron los vencedores. Tampoco la historia vista únicamente desde el punto de vista de los vencidos. No, nos quedamos con una historia llena de matices y claroscuros, no sólo de blancos y negros. Una especie, como si dijéramos, de cuadratura del círculo. Porque son cuatro, o cinco, los ángulos, porque –de nuevo- son cientos las historias. Porque, una vez más, en realidad es la misma vez, la tragedia sacude nuestro paisaje. Y no es fácil, ni se acostumbra, a contarlo todo al mismo tiempo, que no mezclado. Porque sin perder el Norte, conviene saber por dónde caen el Sur, el Este y el Oeste...

Nunca es tarde, y nuestro viejo país aún puede levantarse y sacudirse el polvo de la historia. Y hablar de la guerra, de la nuestra. De la Guerra Civil. Que nadie se rasgue las vestiduras. Cuanto más, y con más tranquilidad podamos hablar de nuestra guerra, de nuestro pasado, de nuestra historia, más sólidos serán los cimientos del futuro que debiéramos verlo común, aunque fuera con distintas ópticas y hasta con diferentes gafas.

Yo diría, apurando a Gil de Biedma (“De todas las historias de la Historia / sin duda la más triste es la de España, / porque termina mal”...), que nos merecemos otra historia. A pesar de los cerca de mil setecientos riojanos muertos en el frente. O quizá, aún más por eso. A pesar de los más de dos mil riojanos asesinados en las retaguardias. O quizá, aún mucho más por eso. Mucho dolor. Nos merecemos otra historia en La Rioja, en España y, con tan continuas y enormes evidencias, en el mundo entero.

⁵ Conviene explicar que los movimientos de memoria histórica de los familiares de los represaliados por el franquismo, reclaman con fuerza y razón VERDAD, JUSTICIA Y REPARACIÓN para los suyos, que son evidentemente los que no tuvieron nada de ello durante el franquismo. Dicho lo cual, es necesario insistir, y no mucha gente lo hace, en que desde un punto de vista más amplio, la búsqueda de la VERDAD como conocimiento de los hechos ocurridos durante los años del gobierno republicano, de la guerra civil y de la dictadura se debiera reivindicar desde todos los ámbitos sociales y ciudadanos, incluyendo de entrada la elaboración de los listados de los asesinados en las dos retaguardias, en los dos ejércitos y la que nosotros hemos llamado quinta lista. Algunos ya lo hemos hechos, aquí en La Rioja claro está.

Acabo con el título. *Masa*, el poema de César Vallejo, me ha acompañado en todo mi trabajo por la tragedia y la memoria de nuestra historia. Pero lo conocí mucho antes. De hecho le puse música allá por los primeros 70 del siglo pasado, y lo cantó el Rebaño Feliz en un homenaje entrañable al poeta peruano. Luego lo grabamos *Carmen*, *Jesús e Iñaki* y así, aún nos quedan la voz tremenda, sobrecogedora a veces, de Carmen y los versos de Vallejo:

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «¡No mueras, te amo tanto!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Se le acercaron dos y repitiéronle:
«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando «¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: «¡Quédate hermano!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

César Vallejo, XII, *España, aparta de mí este cáliz*
(Grabada por *Carmen, Jesús e Iñaki*, “Iregua”, Ambar 1978)